

Contra la catástrofe climática, una nueva visión y una nueva espiritualidad

José María Vigil¹

VER

La catástrofe climática se acerca, y su causa es antrópica

Nos confrontarnos con la catástrofe climática planetaria, hacia la que estamos caminando, sin que por el momento parezca probable que como humanidad vayamos a tomar conciencia a tiempo de evitarla. Esta situación inédita en nuestra tiene una dimensión material natural (el estado de nuestro planeta, la crisis ecológica misma), una dimensión socio-económica (el dinamismo perverso del sistema económico actual, que destruye nuestro propio hábitat), una dimensión cultural o noosférica (la «visión» predominante que rige nuestras relaciones con la naturaleza), y también una dimensión espiritual (la incapacidad de la espiritualidad tradicional para inspirarnos el comportamiento que necesitamos para sobrevivir). Proponemos una nueva visión y una nueva espiritualidad como la máxima urgencia para la humanidad en esta hora histórica.

La proximidad de la catástrofe

Importa destacar un aspecto de esta catástrofe, del que no se suele hacer mención: su proximidad. Los efectos previsibles del cambio climático son de un carácter tan apocalíptico, que, de hecho, resulta fantástico aceptar su mera posibilidad. No podemos convivir cómodamente con semejante amenaza, tan absoluta y tan próxima; espontáneamente, todos preferimos

¹ Doctor en Ciencias de la Educación, licenciado en Teología Sistemática y licenciado en Psicología.

pensar que no es tan probable ni está tan cercana²; estamos tentados de pensar que quizá no sea siquiera verosímil.

Sin embargo –y es lo que decimos que hay que subrayar– la catástrofe climática es en este momento *la hipótesis más probable*, y no es sólo que *puede ocurrir*, sino que *ya ha comenzado*. Se trata de un proceso que, si no interponemos un cambio radical y rápido en la conducta social de la humanidad, el proceso continuará inexorable, con el agravante de la posibilidad de una aceleración incontrolable imprevista, como fruto de determinados procesos de retroalimentación hoy día bien documentados aunque en absoluto controlados³.

Por lo demás, el proceso va más rápido de lo que se pensaba hace pocos años: a la altura de 2016, dieciséis de los diecisiete años más cálidos registrados, han sido en este siglo⁴.

La inevitabilidad de la catástrofe

Pero hay más: no sólo la catástrofe está más próxima de lo que pensamos, sino que además resulta prácticamente inevitable. Dada la naturaleza de la situación en la que estamos, tal vez ya no nos es posible volver atrás.

Los acuerdos de París de 2015 –por referirnos a los últimos acuerdos internacionales en la materia– son imposibles de cumplir. Las cifras del descenso necesario en el uso de combustibles fósiles son descomunales,

2 Lovelock utiliza la imagen de los turistas desapercibidos junto a las Cataratas del Niágara, que no saben que los motores están a punto de estropearse. *La venganza*, 24.

3 «Cuidadosas observaciones y mediciones muestran que incluso hoy algunos aspectos del cambio climático están sucediendo con más rapidez de la augurada por el más pesimista de los pronósticos»... LOVELOCK, *La Tierra*, p. 157.

4 Son datos relativos a 2016, reconocido como el año más caluroso desde que tenemos registros, véase: elmundo.es/ciencia/2017/01/18/587faed446163fa1518b45c9.html (Leído el 18 de enero de 2017).

de tal magnitud que resultan inasumibles⁵. Nuestra sociedad no puede detener en seco el consumo de combustibles fósiles: demasiadas cosas dependen de él, colapsaría la vida social⁶. No se puede cambiar el patrón energético de la economía mundial ni sustituir las energías del carbono en unos pocos años. No tenemos alternativas viables.

Por otra parte, a nivel global, hay una falta grave de voluntad política en los Estados. Siguen éstos –y seguimos todos– comandados por las élites financieras del sistema capitalista, que se mantienen ciegas a todo lo que vaya contra sus intereses, y no quieren siquiera dialogar sobre el tema. Las mineras extractivas (¡del primer mundo!) siguen destruyendo inmisericordemente el medio ambiente en el tercer mundo, y asesinando a los profetas ambientalistas que alzan su voz⁷. No se acaban de desarrollar los esperados modelos de automóviles eléctricos, no contaminantes. Y pesa una gran duda sobre la energía nuclear, que algunos proclaman como una posible sustitución de los combustibles fósiles, provisionalmente al menos mientras se encuentra otra salida. No hay voluntad política. La dinámica depredadora inmisericorde del sistema continúa intacta, cada vez con mayor potencial tecnocientífico para la destrucción masiva y acelerada. No se ve salida a corto plazo, un plazo que debiera ser más corto que la distancia que nos separa de la catástrofe que se avecina⁸.

Ya estamos en la pendiente. La catástrofe está iniciándose en destrozos diarios sin cuento en el conjunto del planeta. Sin hacer nada, aun sin pensar en ello, estamos adentrándonos en la catástrofe. Sólo hay una alternativa: o

5 Para mantenerse por debajo del límite de los 2° C a final del siglo XXI, los países desarrollados deben reducir sus emisiones de CO2 en un 70%, o un 80% si asumen el plus de su responsabilidad histórica. Cfr. Associació de Naturalistes de Girona, *Un planeta con fiebre que necesita curas globales y locales*, en Agenda Latinoamericana 2017, pág. 36-37.

6 «Como civilización somos como un toxicómano, que morirá si sigue consumiendo su droga, pero que también morirá si la deja de golpe». LOVELOCK, *La venganza*, p. 24.

7 De 2010 a 2015 fueron asesinados en Honduras al menos 109 líderes ambientalistas, siendo el país que presenta la tasa más alta de asesinatos de ecologistas. Cfr los datos de Global Witness, marzo 2016 (globalwitness.org).

8 De hecho, a pesar de tantas palabras y declaraciones, «las cifras indican que nos movemos en dirección contraria, y las emisiones han aumentado en los últimos años: en un 74% en Latinoamérica entre 1990 y 2011 y en un 56% a nivel global, según los datos del Banco Mundial». Cfr. El País, Madrid, 13 de julio de 2016, web citada.

ponemos en marcha una revolución cultural que transforme radicalmente el comportamiento humano a nivel global, o afrontamos el apocalipsis⁹. Estamos yendo a un ecocidio de proporciones masivas en este planeta, que para buena parte de nuestra especie será, además, suicidio. Y empieza a ser posible que no estamos ya a tiempo de evitarlo.

JUZGAR:

Tratando de entender y aceptar la realidad climática

Como hemos dicho, de entrada nos cuesta entrar en un pensamiento «realista», enmarcado en la previsión de la catástrofe que se avecina. No sólo porque estamos programados para la supervivencia, sino porque nunca en nuestra historia nos hemos visto confrontados con una expectativa semejante de destrucción tan masiva. Por eso, necesitamos agarrar el toro por los cuernos, y ponderar por un momento la plausibilidad y la verosimilitud de esa terrible expectativa.

a) Histórico-biocósmicamente es posible una catástrofe climática

El ciudadano común, dotado de un optimismo natural, tiende a pensar que, a pesar de dificultades y elementos negativos, la flecha del tiempo marcha incontenible hacia adelante. No podemos aceptar indiferentemente la información sobre una catástrofe próxima a corto o a mediano plazo; ante su mero anuncio, reaccionamos poniéndonos en guardia, porque estamos programados para la supervivencia.

Por otra parte las cosmovisiones de las que la humanidad se ha dotado –precisamente para sobrevivir– se han esforzado tenazmente por dejar abierto el horizonte hacia la vida, hacia la esperanza; no podemos convivir pacíficamente con el dato de la inminencia de nuestra destrucción.

9 Ramón TAMAMES, en *El mundo*, Madrid, <http://www.elmundo.es/ciencia/2016/06/13/575d-9b52268e3e6f398b466d.html>

Pero a pesar de todo ello, el estado actual de las ciencias de la Tierra nos habla de la plausibilidad de la catástrofe. Hoy sabemos que la vida en este planeta tiene una historia agitada, muy azarosa, con avances y retrocesos, plagada de impases, y de extinciones¹⁰. La actual extinción en curso no es la primera, sino «la quinta gran extinción»; aunque para nosotros sí que es la primera, no debiera resultarnos tan extraña, porque somos nosotros precisamente quienes la estamos provocando¹¹. Épocas muy diferentes de Gaia se suceden unas a otras con normalidad; hoy a la ciencia no le causa «extrañeza» constatar que estemos en la víspera de una de esas catástrofes «normales», biocósmicamente hablando.

James Lovelock representa emblemáticamente esta postura: debemos ver con naturalidad –dice– la proximidad inminente de esta catástrofe climática, que va a destruir gran parte de la vida en este planeta, incluyendo a la especie humana, que quedará probablemente muy dimidiada; es una eventualidad que hemos causado principalmente nosotros, una catástrofe que no pudimos prever al inicio, pero que tampoco hemos sido capaces de detener cuando nos hemos dado cuenta de que la estábamos causando, y ahora es ya demasiado tarde para evitarla, pudiendo solamente suavizarla. Y queda poco tiempo¹². Sólo nos queda, dice Lovelock, abrir los ojos, ser realistas, contar con la previsión científicamente más probable, y actuar en consecuencia, acomodándonos con serenidad lo mejor posible a lo que viene...

Normalmente nadie cuenta con esta expectativa como el marco contextual de su pensamiento... Se prefiere vivir, pensar y hasta hacer ciencia «como si» esta previsión no existiera: lo mismo que en tiempos de Noé¹³, en que los hombres vivían, comerciaban y se daban en matrimonio

10 Hoy se piensa que casi el 98% de las especies que han existido en nuestro planeta ya se han extinguido... Cfr Manuel GONZALO, *Gracias, Tiburón*, Editorial SB, Buenos Aires 2006, p. 129.

11 «El cambio (climático) es una parte normal de la historia geológica. Lo inusual de la crisis que viene es que somos nosotros su causa»: LOVELOCK, *La venganza*, p. 25.

12 «La única conclusión casi segura que podemos extraer del clima cambiante y de cómo reacciona la gente a él es que queda poco tiempo para actuar»: LOVELOCK, *La Tierra*, p. 87: «Gaia debería reemplazar a Dios como objeto de nuestra adoración».

13 Cfr. Mt 24,37ss.

como si nada pasara. Estamos en una coyuntura semejante a la bíblica prediluviana, dice este científico, con una diferencia significativa: Noé se pudo salvar con el arca; esta vez no contaremos con otra arca de Noé.

b) Antrópicamente también

La posibilidad de un cambio climático catastrófico que destruya mayoritaria o totalmente la especie humana resulta también algo incompatible en principio con el pensamiento tradicional, es decir, antropocéntrico. De entrada, subcientemente, nos parece absurda la simple posibilidad de la destrucción de nuestra especie humana por un cambio climático. ¿No somos la razón de ser del cosmos? ¿No constituimos el sentido de la Tierra? ¿No somos la flecha de la evolución, que recoge en sí el impulso evolutivo de toda la vida sobre la tierra? ¿No constituimos una realidad totalmente diferente de las especies animales, situados como estamos en un nivel «ontológico» superior (seres sobrenaturales, creados a imagen y semejanza de Dios, con alma espiritual...), por nuestro origen y por nuestro destino, inaccesibles a los avatares climáticos o meteorológicos a los que puedan estar sometidos las plantas y los animales?

Las ciencias de la Tierra y de la Vida hoy día ya no nos dan la razón en este punto. No somos esos seres absolutamente diferentes y superiores que hemos creído ser. Somos una especie biológica que es producto del mismo proceso evolutivo que ha dado origen a las demás especies. Por eso, no tenemos derechos absolutos sobre ellas, que son producto del mismo proceso evolutivo. Nacemos en medio de la comunidad de la vida de este planeta, y a ella pertenecemos. No venimos de arriba (el cielo)... ni de afuera (una creación *ex nihilo*), sino de abajo (de la tierra) y de dentro (del proceso biológico evolutivo mismo, cuyas huellas se dejan ver incluso en nuestro propio cuerpo). Compartimos la misma condición natural básica, el mismo hábitat, y a nuestra medida, el mismo destino.

Somos una especie más, y en principio, nuestra especie será, como todas las demás¹⁴, temporal, pasajera, llamada a desaparecer y a ser superada por otras especies que están en camino.

No llevamos la guía de la evolución, aunque seamos en este momento – hasta donde nos parece saber–, la especie más «avanzada» (sólo en un cierto sentido). La fuerza evolutiva de la vida va mucho más allá de nosotros mismos, y puja por la evolución desde otros muchos frentes biológicos, y pudiera arrebatarlos por sobrepasamiento nuestra actual primacía. Tal vez la crisis climática, aun con sus consecuencias traumáticas, pueda ser la ocasión ambiental necesaria para la «emergencia» de una nueva etapa de Gaia, de un cambio radical nuestro o, eventualmente, de una(s) nueva(s) especie(s) que pase(n) a «liderar» la evolución en este planeta.

Así pues, desde un punto de vista amplio, cosmo-bio-antrópico, la catástrofe ecológica, incluida la posible extinción de la especie humana, no significa un desastre absoluto, como cuando es percibida desde la perspectiva humana (antropocéntrica) habitual, todavía vigente. Es algo mucho más asimilable. Es una perspectiva realista, con la que es posible reconciliarnos y convivir, y es una opción mucho más probable que la expectativa triunfalista y predestinada con la que solemos contar inconscientemente.

c) Desde el punto de vista de las religiones

Las religiones¹⁵, compañeras íntimas del ser humano durante los cuatro últimos milenios, se encuentran tan sorprendidas como la especie humana en general. Comparten el mismo desconcierto. Habían aventurado los más variados apocalipsis para el final de nuestro (pequeño) mundo (humano): la ira de algún dios celeste irritado, o de algún *daimon* malévolo

14 «Cuando comenzó la vida en la Tierra hace unos 3.800 millones de años, el Sol era alrededor de un 30% menos luminoso que ahora. En unos cuantos miles de millones de años más, será tan terriblemente caliente, que toda la vida que conocemos ahora morirá, o deberá encontrar otro planeta que le sirva de hogar»: LOVELOCK, *Las edades de Gaia*, Tusquets, Barcelona 2007, 4ª edición (primera de 1993), p. 49.

15 Nos referimos a las religiones neolíticas, no a la religiosidad en general ni a la religiosidad o espiritualidad anterior.

surgido del infierno, podría acabar con el ser humano en un acto externo todopoderoso; pero la realidad cosmológica ha superado a la ficción: era inimaginable que este mundo acabara no por una intervención divina, sino por la acción ignorante del propio ser humano, que ha estado destruyendo desde milenios los órganos vitales de recuperación del sistema Tierra¹⁶, y por su incapacidad de recapacitar y reaccionar para frenar su propia autodestrucción. No va a ser un castigo divino, sino un ecocidio plenamente humano.

Que el mundo sea eterno, o que deba acabar cuando Dios en su arcano designio decida que ya sea tiempo para irnos todos al eón celeste definitivo de la eternidad al que toda la historia humana ha estado encaminada, era la previsión de las religiones occidentales, los monoteísmos abrahámicos.¹⁷ Que todo el «Plan divino de salvación» programado por Dios en el mundo que él mismo creó para que le sirviera de escenario, se vea truncado por un efecto simplemente «climático», o por una limitación astronómica¹⁸, será difícil de aceptar para estas religiones, pues implica la quiebra de muchas de sus doctrinas, hasta ahora presentadas como reveladas por Dios mismo. Sólo la religión de los fundamentalistas sigue proclamando intemperantemente que Dios Omnipotente está ahí para salvarnos de cualquier catástrofe astrofísica (no ya divina).¹⁹

¿Es posible una religión que sea capaz de reconciliarse, de convivir con esta perspectiva que las ciencias de la Tierra nos presentan hoy sobre la crisis climática en curso? Las religiones oficiales, sus instituciones, están todavía a años luz de poder asumir esta perspectiva. Pero la posibilidad teórica existe, y de hecho muchos creyentes —no sólo teólogos de avanzada, sino comunidades cristianas despiertas, y creyentes inquietos por libre— tienen

16 «Todo comenzó hace cien mil años, cuando prendimos fuego a los bosques porque nos resultaba más cómodo para cazar. En ese momento dejamos de ser un animal más e iniciamos la demolición de la Tierra». LOVELOCK, *La venganza*, p. 24.

17 Que cubren actualmente el 53% de la población mundial.

18 Como hemos dicho, a nuestro Sol le quedan unos 4500 millones de años de existencia, que concluirá abrasando a la Tierra en su explosión final.

19 Populares estudios estadísticos insisten en que en EEUU la mitad de la población cree que Jesús va a volver a la Tierra para realizar el Juicio Final y concluir este eón salvífico.

asimilada esa perspectiva: *de facto ad posse valet illatio*²⁰. El budismo, por su parte, reconoce oficialmente que mantiene buena relación con la ciencia, que se siente obligado a aceptar las investigaciones y hallazgos científicos, y declara que no hay conflicto entre el budismo y la ciencia.

ACTUAR

Coyuntura de encrucijada: las tres causas

Tres nos parecen ser las causas principales tanto de la génesis de la crisis ecológica actual, cuanto de la inadecuada respuesta que la humanidad está dando (por omisión); son éstos:

1) el sistema económico y de producción, egoísta, explotador y depredador, que la especie humana se ha dado a sí misma. El sistema conlleva una dinámica perversa poderosa de depredación del medio ambiente y de explotación de los grupos humanos²¹, dinámica que, con las inmensas capacidades tecnológicas actuales, nos conduce aceleradamente al desastre ecológico.

2) una visión y una cultura dominantes que legitiman ese sistema civilizacional depredador del medio y explotador de la humanidad menos favorecida.

3) la falta de calidad humana –a nivel personal y colectivo– que conlleva la incapacidad para percibir la perversidad de este sistema, así como la lentitud para reaccionar, detener y superar esta situación. ¿Qué es lo que nos falta... información, conciencia, sensibilidad, voluntad, espiritualidad, calidad humana profunda...?

20 Del hecho mismo cabe deducir su posibilidad.

21 Marià CORBÍ lo describía así en la convocatoria de Can Bordoï'2016: «En las sociedades en las que las ciencias y las tecnologías están en continuo y acelerado desarrollo, con la consiguiente creación de nuevos productos y servicios, se genera una dinámica poderosa al servicio de la explotación del medio y de los grupos humanos. No podemos continuar con ese planteo porque nos conduciría, a corto plazo, a un desastre medio ambiental y social». Comunicación al equipo.

Ante la primera causa necesitamos militancia política para transformar el sistema. Ante la segunda necesitamos una teología nueva, y a escala mayor, una auténtica revolución cultural. Para el tercero necesitamos una nueva espiritualidad. Vamos a cada una de estas tres perspectivas.

A) Un sistema de vida disfuncional y en guerra con el planeta

A partir del siglo XVI se ha extendido/impuesto por todo el mundo el sistema capitalista, actualmente en su fase neoliberal y financiera mundializada, que genera una dinámica perversa de depredación de la naturaleza y de explotación de grandes sectores de la población humana. La humanidad lleva varios siglos fracasando en su intento por superar este sistema.

Este sistema económico de producción y consumo, base del modo de vida de la especie humana –tan numerosa hoy– produce una carga excesiva sobre el sistema de reproducción y auto-sostenimiento de la vida en el planeta, explotando y depredando «recursos naturales» que son vitales para el sistema vivo que sostiene y reproduce la vida. Ha sobrepasado ampliamente sus propios límites y actualmente cabalga desbocado a un ritmo de consumo que requeriría varios planetas. La situación no sólo es claramente insostenible, sino que ha entrado en quiebra hace tiempo y da señales de agotamiento e impase. El ritmo del daño que infligimos al planeta no ha dejado de crecer, pero no logramos ponernos de acuerdo para disminuirlo, ni mucho menos para detenerlo. Es decir, continuamos destruyendo nuestro propio hábitat.

Este sistema económico global actual todo lo centra en el mercado, en la persecución de la máxima ganancia en el menor tiempo posible, para la acumulación. Las compañías transnacionales mundializadas dominan la economía planetaria, pero se reconocen obligadas sólo para con sus accionistas, para conseguir para ellos los máximos dividendos, al costo de lo que sea; no reconocen obligaciones para con la sociedad, los Estados, los pobres, la Humanidad, los límites del planeta... Estamos en las antípodas del sistema económico civilizacional que necesitamos, que sería un sistema

centrado en la promoción del bienestar del planeta, la promoción de la vida, de todos los seres vivos, de la humanidad como conjunto, de su Buen Vivir. No ya una «demo-cracia» ni unos «derechos (sólo) humanos», sino una bio-cracia y un respeto a todos los derechos, también los no humanos, los derechos de todos los seres vivos, y de la Madre Tierra que los hace posibles.

El problema principal consiste en que nuestro sistema civilizacional, en su base material misma, *destruye la vida y el planeta*, y con ello las bases mismas de nuestra posibilidad de supervivencia. Nuestro propio sistema nos mata. Y puesto que es responsabilidad nuestra, la realidad es que estamos suicidándonos.

El diagnóstico moral detecta la raíz de este mal en el hecho de que *el ser humano ha puesto sus derechos por encima de los derechos del planeta y de los de las demás especies vivientes*²². Con ello el ser humano se ha convertido en un ser disfuncional, que lleva a la biosfera hacia la asfixia, y arrastra a toda la comunidad de la vida al desastre climático, lo que ya está produciendo una gran extinción. Nuestra propia forma de vida es nuestro peor enemigo.²³

El Planeta ya está reaccionando, y sea dentro de la «autorregulación» del sistema gaiano, o como simple consecuencia del efecto invernadero principalmente, está iniciando un calentamiento que a la larga va a destruir la especie causante de este desastre, con lo que todo podrá ser considerado como una reacción contra el agresor.

No estamos hablando de posibilidades lejanas, ni siquiera posibilidades próximas, sino procesos que ya están en marcha, y que difícilmente vamos a poder ralentizarlos, y mucho menos detenerlos. Hemos de ser realistas, considerar cuáles son las próximas etapas de este proceso, y prepararnos para la llegada de los escenarios previsibles. Viene un período de grandes

22 «Esta crisis es la consecuencia de poner los derechos humanos por delante de las obligaciones humanas hacia la Tierra y todas las formas de vida que la compartimos»: LOVELOCK, *La Tierra*, 257.

23 J. LOVELOCK, *La venganza*, p. 40.

sufrimientos, buena parte de la humanidad va a perecer, aunque la Vida y el Planeta finalmente se recuperarán después de la extinción de muchas especies. Probablemente otra especie tomará nuestro puesto evolutivo en una forma armoniosa para con el planeta y la biosfera. O tal vez nosotros mismos evolucionemos hacia esa otra nueva especie que necesitamos ser.

En esta gran transformación está inmersa Gaia, tal vez en respuesta a la crisis destructiva causada por el ser humano. Lo más importante y urgente sería incorporarnos a la misma adoptando revolución cultural que nos haga co-pilotar con Gaia la superación de esta crisis de sobrevivencia. Somos coprotagonistas de la grave crisis que atraviesa la Vida en el planeta. De cómo nos comportemos depende que podamos superarla o que perezcamos en ella, si es que todavía estamos a tiempo. Nuestra gran tarea es acompañar esta Gran Transformación.

Nuestra teología clásica ha sido ajena a estas amplias coordenadas, reducida a una visión antropocéntrica, mítica, religiosa, encerrada en el fanal de las referencias intestinas bíblico-judeo-cristianas... mientras a la vez legitimaba inconscientemente la destrucción del planeta mirando para otro lado. Necesitamos una teología nueva, radicalmente diferente, desde bases más amplias y sobre presupuestos totalmente nuevos.

La Humanidad continúa rigiéndose actualmente con la inercia genética ancestral de su especie²⁴, común a muchas otras: luchar por la sobrevivencia a cualquier precio, la ley de la selva o la ley del más fuerte. Ese ADN conductual era apropiado para las épocas evolutivas anteriores, pero a partir del momento en que se ha dotado de tecnologías poderosísimas, ha quintuplicado su población desde 1900 y se ha convertido en una verdadera fuerza geológica, esta especie ha entrado flagrantemente contradicción con sus límites (las dimensiones del planeta, su capacidad

24 Dice E.O. WILSON que continuamos siendo «carnívoros tribales»... «Estamos programados por nuestra herencia para considerar las demás cosas vivas básicamente como comida, y para que nuestra tribu nacional sea para nosotros más importante que cualquier otra cosa. Llegamos incluso a dar la vida por ella y estamos dispuestos a matar de forma extremadamente cruel a otros seres humanos por el bien de nuestra tribu. Todavía nos resulta ajena la idea de que nosotros y el resto de la vida, desde las bacterias a las ballenas, formamos parte de una entidad mucho mayor y más diversa: la Tierra viva»: LOVELOCK, *La venganza*, p. 21.

limitada para regenerar los recursos para la vida de todos los vivientes, los derechos de las demás especies...). Necesita una nueva «visión», adecuada al estadio evolutivo actual, que le dé capacidad de percibir a Gaia, le abra a una empatía profunda con la toda la comunidad planetaria de la vida, le dé sentido de pertenencia y le autolimite en su potencial destructivo. En la actualidad la especie humana resulta disfuncional para el planeta, y su proliferación (que no cesa) resulta ser una plaga, como un cáncer que va destruyendo las bases de la vida; si el cáncer no es extirpado acabará con el equilibrio y con la vida del planeta, y consigo mismo. Es urgente que evolucione, o que ceda el puesto a otra especie que sea funcional a la supervivencia y al florecimiento de la vida.

B) Una «visión» ya superada del mundo y de la naturaleza, que nos hace daño.

Necesitamos cambiar esa visión. Comparemos en paralelo la vieja y la nueva visión.

- Para la vieja visión disfuncional la *materia* es la mitad visible de la realidad²⁵, y es la parte inferior, estéril, moralmente despreciable, axiológicamente inferior a lo invisible, a las realidades «espirituales» (¡no materiales!). Ante ella la actitud humana es la actitud de dominio y usufructo: son simplemente de «recursos naturales».

- Para la nueva visión, en realidad «la materia no existe»²⁶... Porque la materia es energía, en uno de sus estados. Todo es energía, incluso lo que hemos querido considerar como material... La física cuántica nos habla de las partículas, que son ondas a la vez, y nos dejan en la incertidumbre de su comportamiento. Debajo de todo, al fondo de los niveles subatómicos, está el «vacío cuántico», una danza incesante de energía primordial, como

25 Aludo a la forma de decir de los filósofos griegos, «lo visible y lo invisible» –que aún aparece en el credo de la Iglesia–, que corresponde a lo material y lo espiritual.

26 BOFF, L., *La materia no existe*, RELaT, n° 402. «La idea de materia fue redefinida en términos de ‘campos y fuerzas inmateriales’; el concepto clásico de ‘materia’ se ha vuelto una ‘idea extinguida’, o un ‘no concepto’»: HATHAWAY-BOFF, *O Tao da Libertação*, Vozes, Petrópolis 2012, p. 250.

una sopa cósmica de la que todo brota. (Una «buena metáfora» de Dios, según Boff). La realidad es autoorganizativa, autopoietica, «emergentista», capaz de saltar hacia nuevas realidades emergentes imprevisibles... La materia tiende a y da saltos hacia formas más organizadas, y en definitiva hacia la vida, hacia la sensibilidad, la conciencia y el espíritu. Todo está en movimiento (superación de la visión fixista), en evolución, ascendiendo, convergiendo... Ya no es posible pensar sobre la materia en aquellos viejos términos fixistas, «materialistas», reduccionistas. Necesitamos mirar la realidad «material» con ojos nuevos.

- La vieja visión estaba marcada por un profundo *dualismo*: la realidad está escindida en dos niveles bien diferenciados, dos pisos: éste nuestro en el que nos movemos, y otro nivel superior, el mundo del ser (metafísica), del espíritu (sobrenatural), de Dios²⁷. Al primer piso corresponde lo material, lo terrestre, lo corruptible, lo sexual, el pecado... Al segundo piso corresponde lo espiritual, lo celeste, lo eterno, el bien, la santidad. Como «cuerpo y alma», el ser humano participa de los dos pisos, pero su verdadera esencia es su alma sobrenatural.

- Para la nueva visión, no hay dualismo en el mundo, no hay dos pisos en él, y el ser humano no está en un nivel superior al de las cosas y seres vivos de este mundo. Todos formamos la única realidad, que se realiza en diferentes niveles simultáneamente, y que configura diferentes formas y entidades, pero que no permite mirar «desde arriba» a las cosas y criaturas terrestres inferiores, pasajeras, pecaminosas... No existe lo natural y lo sobrenatural; todo es natural y sobrenatural a la vez. Hasta la espiritualidad es natural²⁸... Tampoco nosotros somos duales, cuerpo y alma; esa antropología ya no es aceptable hoy.

27 En Tillich, la crítica al teísmo va acompañada de la crítica al sobrenaturalismo como teología que afirma la existencia de un mundo sobrenatural al lado o encima del mundo natural, en la que Dios se vuelve un objeto mundano, la creación un acto en el comienzo del tiempo, y la realización futura una situación futura de las cosas. TILLICH, *Gläuber Realismus II*. In: *Philosophie und Schicksal. Gesamtelte Werke*, vol. 4. Stuttgart: Evangelisches Verlagswerk, 1961, 106. Cfr. Etienne HIGUET, *Falar de Deus no limite dos tempos*, en www.metodista.br/revistas/revistas-metodista/index.php/COR/article/view/5515

28 Cfr. Camino CAÑÓN LOYES, *Espiritualidad naturalizada*, Universidad de Navarra, Youtube.

- Para la vieja visión el ser humano ha sido creado directamente por Dios, en un día propio de la creación, el sexto, después de ser creada la naturaleza que le iba a ser entregada a su dominio. En esa visión el ser humano es diferente de todo el resto de la creación, porque ha sido creado *a imagen y semejanza de Dios*²⁹. Una dignidad única, derivada directamente de Dios, de un Dios que está arriba, y fuera, pues es el Creador *ex nihilo* de la naturaleza...
- Para la nueva visión, no hemos sido puestos en este mundo viniendo a él desde fuera (creados *ex nihilo*), sino que hemos brotado en ese mundo, somos fruto de su proceso evolutivo, venimos de dentro de él (no de fuera). Venimos de abajo (no de arriba). Seguir utilizando las metáforas de la vieja visión (seguir diciendo que hemos sido creados desde arriba y desde fuera) no sólo es equívoco, sino que nos hace daño, porque confirma y perpetúa la vieja visión dualista y privilegiadora del ser humano, que no se corresponde a la realidad, que resulta disfuncional y distorsiona la objetividad de nuestra visión.
- En la vieja visión –todavía muy presente–, el cosmos, y la Tierra, son sólo el «escenario» en el cual se desarrolla la vida humana. Nosotros somos los protagonistas, los sujetos; lo demás son meros objetos. Estamos solos los humanos, en medio de un cosmos de astros, planetas, plantas, animales y rocas. No tenemos nada igual a nosotros que nos haga compañía.
- En la nueva visión todo es distinto. No hay tal abismo entre nosotros y lo que nos rodea; al contrario, hay una profunda continuidad. Somos parte del cosmos, somos también el cosmos. De ninguna manera somos extraterrestres (creados fuera o desde fuera) o forasteros (peregrinos hacia otro mundo). Nuestro cuerpo está hecho de los mismos elementos del cosmos, está constituido por átomos que en otro tiempo han estado en otros

29 Para LOVELOCK, «quizá el error más grande de las religiones monoteístas, incluida el islam, es creer que los seres humanos están hechos a imagen y semejanza de Dios; la implicación es que no podemos mejorar a través de la selección natural...»; *La Tierra*, 258-259.

cuerpos, humanos y no humanos; son átomos que tienen fecha de creación en la explosión de la supernova que precedió a nuestro Sol, Tianmat (no son eternos). Somos «polvo de estrellas», parte de este mismo cosmos. Somos, en un sentido propio, Tierra, Tierra que ha ido evolucionando y que ha llegado a sentir, a pensar, a reflexionar, a contemplar, a adorar... En nosotros la Tierra –y el cosmos– toman conciencia, se contemplan a sí mismos... Somos los ojos de la Tierra, somos su corazón... Ella es nuestro cuerpo, nuestras raíces, nuestro «yo más amplio». Pertenece a la Tierra, somos parte viva de la Gaia viva, totalmente interdependientes con ella. En esta visión ya no nos sentimos extraños, forasteros, diferentes ni superiores, sino parte de, pertenecientes a la Tierra, al Cosmos. Hemos cambiado nuestra conciencia local... Ahora nos sentimos de otra manera en relación a la Tierra y al Cosmos; lo vemos todo de otra manera; en cierto sentido hemos cambiado de «lugar cósmico»³⁰, estamos en otro mundo, incluso nos sentimos diferentes, somos diferentes; tal vez, con esta nueva visión estamos pasando a ser una especie, de alguna manera, diferente.

- En la vieja visión hay también un abismo de *separación entre la especie humana y el resto de la vida* en el Planeta, los animales, las plantas... Como si estuviéramos hechos de una naturaleza diferente o mejor ... Para Descartes los animales son «máquinas», que parece que sienten... No son sujetos, ni son por ello sujetos de derecho. Sólo nosotros entendemos el mundo; el mundo es lo que nosotros percibimos, entendemos, lo que corresponde a nuestras capacidades y a nuestros intereses, nuestro mundo humano (antropocentrismo).

- En la nueva visión no hay tal separación entre nosotros y los animales. De hecho los humanos actuales somos un animal vertebrados de la clase de los mamíferos, del orden de los primates, de la familia de los homínidos, del género homo, de la especie sapiens. En un sentido biológico, somos una especie más, como las demás. No tenemos derecho a poner nuestros derechos sobre los derechos de las demás especies, ni animales

30 Igual que la teología y la espiritualidad de la liberación hablaban del «lugar social». Cfr. ELLA-CURIA, I., El auténtico lugar social de la Iglesia, RELaT 124, <http://servicioskoinonia.org/relat/124.htm>

ni vegetales, porque todas las especies vivas somos producto del mismo proceso biológico evolutivo que se ha dado en este planeta. Formamos parte de una misma y única «Comunidad de la vida», y dependemos de los ecosistemas en los que nuestra especie ha surgido. De hecho, nuestra carne está hecha de las mismas 14 bases nitrogenadas que constituyen toda la materia viva, y en el núcleo de cada una de nuestras células nuestra información genética está escrita en el mismo lenguaje ADN que el de todas las especies vivas (animales y vegetales). Nuestro cuerpo lleva en sí las huellas de la evolución biológica, acumula los tres cerebros, de cuando hemos sido reptiles y mamíferos, o el pulgar oponible de cuando hemos sido arborícolas... Desde mi cuerpo, el linaje de la vida se remonta, en una línea ininterrumpida, hasta la primera célula viva, Aries... Toda la vida en este planeta forma un mismo y único árbol genealógico. No puedo mirar el mundo de la vida como un objeto que pudiera mirar desde fuera, objetiva-mente, ni desde más arriba, como quien mirara hacia un nivel inferior... sino desde dentro de la misma Comunidad de la vida, de la que formo parte; no antropocéntricamente, sino biocoscocéntricamente; es, ciertamente, otra visión, con la que vemos el mundo de otra manera, o vemos incluso otro mundo.

- La vieja visión, aun en sus versiones laicas, pone por delante el *carácter sobrenatural* del ser humano. No somos seres meramente naturales. Por encima de la materia y aun de la materia viva, por encima de la naturaleza, está el espíritu, que es sobre-natural. El ser humano sería un ser superior, por causa de su alma, que le daría su carácter espiritual. El ser humano no sería un ser de este mundo, sino un ser fundamentalmente espiritual.
- En la nueva visión no hay nada fuera de la naturaleza, no hay un segundo piso superior «espiritual»... y toda la naturaleza es sobre-natural. Lo que llamábamos «espiritual» no puede ser sino una dimensión de la misma naturaleza. La materia es autopoietica, autoorganizativa, emergente, y tiende a la organización, a la complejidad, y es de ahí de donde surge la conciencia, la autoconciencia, lo que llamamos espíritu... Es la mente, que no está en otro piso, ni viene de otro mundo, sino que está en la materia organizada, en su intensidad mayor de complejidad, y que aparece como

conciencia. La dualidad mente/materia queda en entredicho. La cultura no es sino la prolongación de la evolución biológica en el ser humano. La espiritualidad resulta entonces muy natural: «forma parte de la naturaleza». La naturaleza es espiritual, y la espiritualidad es natural. En nuestra comprensión, hoy estamos naturalizando la espiritualidad.

- En la vieja visión, atomista, somos, pensamos y nos vemos como individuos. Nos sentimos ante todo como sujetos individuales, separados de todo, de todos y del todo. Y todo lo miramos de un modo reduccionista, que trata de reducirlo todo a las partes en que se puede diseccionar la realidad (reduccionismo, mecanicismo, dualismo, separatividad...)
- En la nueva visión, holística, no nos sentimos ante todo partes, individuos, aislados... sino partes del todo, miembros de una colectividad, vinculados, interdependientes. Y sabemos que el todo es mayor que la suma de las partes... Sabemos que la visión atomista e individualista, la separatividad, que nos hace imaginar que somos algo separado, es un espejismo, una ilusión. La realidad es que desde lo más profundo de nosotros mismos estamos vinculados, somos interdependientes, estamos influenciados por una totalidad distinta de la mera suma de las partes. Formamos una unidad mayor, y dejar de considerarlo es ceguera causada por el árbol que nos tapa el bosque.

C) Necesitamos una nueva espiritualidad, acorde con esta nueva visión.

Hay una gran relación entre percepción/visión/valores/espiritualidad. Los tres planos están relacionados y mutuamente condicionados. Al cambiar nuestra visión del mundo, lo percibimos de otra manera, y con ello reconfiguramos nuestras empatías y nuestros valores. Los cambios cognitivos, visuales, valorales y espirituales (de empatía o inspiración) están mutuamente vinculados. «Ojos que no ven, corazón que no siente; pero también: ojos que miran de otra manera y ven otra cosa, corazón que siente otros sentimientos y que vibra de otra manera». Por eso, la vieja visión puede nos retenernos y perpetuar en nosotros valores y empatías

que no incorporan las posibilidades de la situación actual, mientras que la nueva visión nos abre a valores e inspiraciones más adecuados a la situación presente. Mientras no cambiemos la vieja visión nos veremos privados de los valores e inspiraciones que necesitamos actualmente, a la altura del desarrollo cognitivo que hemos desarrollado.

Es urgente recrear en nosotros un nuevo sentir, una nueva sensibilidad, empatía, inspiración, espiritualidad, religiosidad, sentido de lo sacro... que derivando de una nueva visión a la altura del momento grave que vivimos, nos reconcilie con este planeta con el que de hecho estamos en guerra y logre hacernos vivir consecuente y felizmente como lo que somos, como Gaia³¹.

Antes, una *mirada a la historia*: veamos nuestro giro espiritual con la revolución agraria.

Hoy día, para un correcto planteamiento, no podemos ignorar los datos que nos ofrecen la historia y la arqueología. Sabemos que se ha dado un cambio en ella. Durante el paleolítico hemos vivido una espiritualidad muy bien relacionada con la naturaleza. Nos hemos llevado muy bien con el planeta³². Pero luego hemos experimentado cambios profundos: ha sido hace varios miles de años, cuando las invasiones arias y semíticas (kurgans, aqueos, dorios, arios...)³³, cuando el descubrimiento de la agricultura ha desatado la llamada revolución agraria y nos ha obligado a hacernos sedentarios (revolución urbana). Estos cambios han repercutido también en una transformación de nuestra espiritualidad, que se puede sintetizar así:

31 Vivir como Gaia, *Our Life as Gaia*, por Joanna MACY, en SEED, MACY, FLEMING NAESS, *Thinking Like a Mountain: Toward a Council of All Beings*, New Society Publishers, Philadelphia 1988.

32 Durante la mayor parte de nuestra historia evolutiva, los humanos nos hemos llevado muy bien con el planeta, libres de todas esas fronteras antropocéntricas... y hemos considerado la Tierra como nuestro hogar primario... Diarmuid O'MURCHU, *Religion in Exile, Crossroad*, New York 2000, págs. 17, 23.

33 Hacia finales de la Edad de Bronce, 1250 a.e.c. en el Próximo Oriente. Procedentes del Este, de las estepas al Norte de los mares Negro y Caspio en el caso de las stirpes heleno-arias, y de los desiertos siro-árabes en el caso de los semitas, se reconocen varias oleadas de invasiones: la primera entre los años 4300 y 4200, la segunda por los años 3400-3200, y la tercera entre el 3000 y el 2800.

- Se pasa a establecer una *separación* entre naturaleza y divinidad. Es una escisión de la realidad en dos mundos, dos pisos. Un dualismo que escinde la realidad y escinde nuestro espíritu.

- Por una parte, Dios queda separado de la naturaleza; ahora es un «espíritu» (inmaterial) personal (teísmo, o politeísmo). Como tal, es exterior a la naturaleza y al cosmos. Su lugar está en el cielo, en la sobrenaturalidad meta-física.

- Concomitantemente, la naturaleza pasa a ser considerada como no divina, como realidad profana, no divina, sino «creación» de Dios. Se da pues una *desdivinización* de la naturaleza. Ya no hay Gran Diosa Madre, ni Pachamama. Pasamos del holismo divino, a un dualismo en realidad monista, porque no hay dos grandes principios equidistantes –dios y cosmos–, sino un solo principio real, el de Dios eterno y todopoderoso.

- No se trata sólo de una escisión o dualización de la realidad, sino de una *dualización axiológicamente cualificada*: por una parte se da una exaltación/divinización del «otro mundo», y por otra se da una desacralización/inferiorización de «este mundo».

- El ser humano queda así alienado: pone su mirada fuera de sí y de su mundo natural, reubica su centro de gravedad en un «Dios externo», en el mundo de Dios (el otro mundo, el segundo piso), y pasa a considerarse extranjero en tierra extraña, «ciudadano del cielo» y desprendido de esta tierra, «peregrino» en camino hacia el «otro mundo» del más allá de la muerte.

Esta nueva arquitectura neolítica del mundo espiritual no es algo que se dio en el tiempo de la revolución agraria y que allí quedó, sino que ha permanecido vigente hasta el día de hoy. Ha sido en todo este tiempo, y es todavía hoy, el patrón espiritual más básico y habitual en el subconsciente religioso occidental.

Es decir, la espiritualidad también está sometida a la dependencia de cómo «imaginamos» el mundo, cómo lo concebimos, lo articulamos, y cómo

nos lo representamos mentalmente. En esta representación, lo llenamos de unos significados u otros, que nos orientan conceptual, axiológica e inspiracionalmente (ideas, valores, sentimientos, empatía, inspiración, contemplación, esperanzas movilizadoras... Y según esos significados, nuestra vida—y nuestro contexto—van a recibir unos influjos u otros. Nuestras representaciones pueden ser, no sólo verdaderas o falsas, sino beneficiosas o dañinas, consolidantes o alienantes; nos pueden llevar a vivir este mundo con atención y con cuidado, o a despreciarlo y quedar pendientes sólo del cielo, mientras nos legitiman para depredar inmisericordemente este plano inferior de meros «recursos naturales».

La antropología y otras ciencias han llevado a cabo recientemente un amplio discernimiento sobre ese «giro espiritual» que dimos en el momento de la revolución agraria, y cree saber «dónde nos equivocamos³⁴». En consecuencia nos pide establecer qué nuevos giros o contragiros deberíamos realizar hoy para encontrar (o recuperar) una espiritualidad que corresponda a la visión que hoy tenemos, a partir de los nuevos conocimientos de los que disponemos. Estos nuevos giros, urgentes, podríamos esquematizarlos así:

Reconsiderar el teísmo.

- Tomar conciencia de que el teísmo tradicional es simplemente un modelo de comprensión, que la humanidad ha tenido ya, en el decurso de su historia, varios modelos, y que es legítimo y necesario hacer un discernimiento sobre ellos.

- Superar el teísmo del *theos* griego, desabsolutizar el dios-personal, externo al mundo, del segundo piso, interventor sobrenatural, absoluto que, comparativamente, reduce a nada a todo lo que no es Dios (el ya referido «dualismo monista»).

-Relativizar el carácter personal-humano de Dios (antropomorfismo), considerado de hecho en la visión tanto oficial como popular del cristianismo como imprescindible en nuestra relación con el

34 Cfr. BOFF, L., *¿Dónde nos equivocamos?*, RELaT n° 030.

Misterio. Dar carta de ciudadanía en la espiritualidad al posteísmo, a un reconocimiento de *Dios-que-no-es-theos*. Abrir los ojos espirituales del pueblo sencillo haciéndolo capaz de encontrar a la Divinidad («a Dios») sin considerarlo theos, sin considerarlo de hecho un ser antropomórfico, un «tú con el que dialogar»...

- Considerar el pan-en-teísmo. Reubicar la Divinidad que en la época de la revolución agraria expulsamos de la naturaleza y la expatriamos hacia un cielo sobrenatural metafísico. Relocalizar a Dios en la realidad, en la única realidad, en la naturaleza cósmica. Captar la dimensión/presencia divina en lo cósmico y natural, la sacralidad de lo profano y de la naturaleza, el estatuto divino de lo (hasta ahora considerado como) no espiritual³⁵.

- Abrirnos cada vez más al posteísmo, en la forma de pan-en-teísmo, de reverencia de la sacralidad del Misterio presente en la realidad cósmica y total. La vieja polémica teísmo/ateísmo quedó absolutamente obsoleta, superada³⁶.

- El modelo del teísmo (un Dios externo, espiritual, interventor, antropomórfico, Kyrios-Señor, Creador/creaturas...), habitualmente interpretado así mismo de modo literal, como un ser ontológico, no sólo es un error teológico, sino que es un factor epistemológico dañino para nuestro conocimiento y para espiritualidad, porque se convierte en (genera automáticamente) un canon de interpretación jerárquica de toda la realidad, poniéndolo todo al servicio del ser humano, depreciando de lo no-espiritual, lo no-personal, lo no-masculino. Podemos seguir utilizando la imagen «Dios-theos» para expresarnos en espiritualidad, pero sólo a condición de mantener la distancia crítica de saber que es un símbolo, una opción de hermenéutica del lenguaje religioso, pero que no es, en absoluto, una referencia real de contenido ontológico-metafísico. El teísmo,

35 Así como Jesús URTEAGA buscó *El valor divino de lo humano*, Jon Sobrino *Lo divino de los derechos humanos*, o Ladislao Boros trató de *Encontrar a Dios en el hombre*.

36 Cfr. Roger LENAERS, *Aunque no haya un Dios ahí arriba*, Abya Yala, Quito 2009. Cfr especialmente el último capítulo: *El no teísmo como último paso*.

entendido ontológicamente, como es lo habitual, genera la jerarquización/ sometimiento de la realidad y de la sociedad³⁷.

- Con el concepto de creación viene a ocurrir otro tanto, por cuanto remite necesariamente a un creador y unas creaturas. También de hecho resulta a la larga un concepto que nos hace daño, por cuanto perpetúa con aparente ingenuidad el dualismo, el des-empoderamiento de la naturaleza, y el teísmo³⁸.

*Reconsiderar el estatuto espiritual del cosmos, de la naturaleza,
y de la ciencia*

- Asumir la nueva imagen de la naturaleza, de la materia y del cosmos que la nueva cosmología y la nueva física, las nuevas ciencias en general, nos proporcionan.

- Superar el concepto clásico de «creación del mundo» por parte de un Dios externo a él;

- Redescubrir la presencia y la identidad del Misterio (lo divino, la Divinidad) en la realidad cósmica y natural. Reconocer/percibir la sacralidad de la naturaleza. Reencontrar a Dios (también) en la naturaleza –igual que el cristianismo nos ha hecho tan sensibles a la presencia de Dios en el ser humano–.

- Abrirnos a la consideración no panteísta pero sí simbólicamente real de la naturaleza como el «cuerpo de Dios»³⁹. La realidad es divina, es, metafóricamente hablando, el cuerpo de Dios.

37 Agradezco aquí las aportaciones del diálogo entre todos los ponentes en el XIIº Encuentro Internacional de Can Bordoí, en noviembre de 2016, especialmente de Marià Corbí.

38 No cabe duda de que, ante la amenaza del nihilismo, el uso del concepto de creación puede ser útil para suscitar fácilmente sentimientos de reverencia y cuidado ante la naturaleza –como hace, con tacto, la encíclica *Laudato Siì* del papa Francisco–, pero conlleva los peligros aludidos y a la larga sigue siendo un concepto dañino; tal vez sólo provisionalmente podría ser utilizado, y, siempre, con las cautelas críticas necesarias.

39 Sally McFAGUE, *Modelos de Dios*, Sal Terrae 1987, p. 126ss.

- Rose Mary Radford Ruether se refiere a quienes buscan una nueva espiritualidad ecológica, que critican al Dios monoteísta abrahámico, al que consideran hostil a la naturaleza, y que piensan que «Gaia debería sustituir a Dios como objeto de nuestra adoración»⁴⁰. Y añade: «Estoy de acuerdo en gran parte con esta crítica, pero no creo que la simple reacción de sustituir una deidad transcendente masculina por una deidad immanente femenina no basta para resolver el problema de Dios». Muy cierto, no bastaría; pero tampoco se puede ignorar la intuición inconsciente que se agazapa debajo de tal propuesta. Porque si consideramos que el modelo de Dios masculino, exterior, dominador, justificador del dominio antropocéntrico del ser humano sobre la naturaleza y de la desdivinización de ésta, es sólo un modelo (no una realidad ontológica) del que podemos desprendernos, y si por otra parte reconocemos que panenteísticamente hablando Dios está en la naturaleza animándola desde dentro, nuestra nueva imagen de la Divinidad va a estar mucho más cerca de la Tierra sagrada de Gaia que del Cristo Rey que fue entronizado como Júpiter tonante en el Panteón de Roma, imagen sin duda mucho más inadecuada.

- Debemos en efecto volver a nuestro hogar (*homecoming*)⁴¹, volver a una espiritualidad oiko-centrada, recentrada de nuevo en la realidad, en la vida, en la naturaleza, en el planeta, en Gaia, en el cosmos, espiritualidad que fue nuestro hogar espiritual durante miles de años, antes de que nos desviáramos en el tiempo de la revolución agraria, cuando desdivinizamos la naturaleza y creamos un modelo de theos externo, no natural (espiritual sobre-natural) y masculino.

- En este sentido, es urgente que las religiones vuelvan su mirada al estado actual de las ciencias, que fungen hoy como nueva «revelación», manifestación de los signos de la presencia del Misterio, que los hombres y mujeres de hoy rastrean con mayor sintonía.

40 Rose Mary RADFORD RUETHER, *Gaia y Dios*, Demac, México 1993, p. 16.

41 D. O'MURCHU, *Religion in exile. A Spiritual Homecoming*. Crossroad, New York, 2000. O'Mur-chu presenta la tesis de que nos hemos aislado de nuestra placenta espiritual planetaria y necesitamos volver a ella, a nuestro hogar, *homecoming*.

Caminar hacia una espiritualidad que no nos aliene

- que no nos inculque la minusvaloración de la realidad cósmica y natural. Que no nos la explique como la «caída de las ideas (eternas, divinas) en la materia», en el mal, en el mundo pecaminoso y alejado de Dios...

- que no nos destierre de este mundo, que no nos haga ciudadanos del cielo, ni peregrinos por este valle de lágrimas, ni visitantes desde un segundo piso, ni vecinos del mundo posmortal... ni nos explique la realidad como un «retorno hacia Dios», de donde habríamos «caído», hacia la «patria celestial» de la que estaríamos expatriados...

- que nos permita vivir oikocentros, centrados en nuestro hogar cósmico, en la naturaleza, en Gaia, con un pensamiento realmente bio-cosmo-centrado⁴², superando radicalmente el antropocentrismo⁴³, el humanocentrismo y el teocentrismo tradicional.

- que nos permita recuperar «lo que necesitamos por encima de todo, que es recuperar el amor y la empatía por la naturaleza que perdimos cuando nos enamoramos de la vida humana⁴⁴».

- que nos permita reconocer el mundo habitado por Dios. Que nos permita amar el mundo⁴⁵, sentirlo «reencantado» (Max Weber),

42 «Como dice Rosemary Radford Ruether, debemos ‘convertir nuestras mentes a la tierra’, dejar a un lado el pensamiento lineal, dicotomizado, dualista...»: McFAGUE, *ibid.* p. 101-102. RUETHER establece claramente la relación entre justicia ecológica y justicia social: «No puede haber ninguna ética ecológica que sea simplemente una nueva relación del “hombre con la naturaleza”. Cualquier ética ecológica debe tener siempre en cuenta las estructuras de dominación y explotación social que median el dominio de la naturaleza e impiden la preocupación por el bienestar del conjunto de la comunidad en favor del beneficio inmediato de la clase, raza y sexo dominantes. Una ética ecológica debe ser siempre una ética de eco-justicia que reconozca la interconexión de la dominación social y el dominio de la naturaleza» (*Sexism and God-Talk. Toward a Feminist Theology*, Beacon Press, Boston 1983, p. 9).

43 Recordando la memorable acusación de Lynn WHITE: «El cristianismo es la religión más antropocéntrica de la tierra», en *Historical Roots of Our Ecological Crisis*, «Science» 155 (1967) 1203-1207.

44 LOVELOCK, *La venganza*, 26.

45 «¿Nosotros desertores? ¿Escépticos sobre el futuro del mundo? (...) Como si para nosotros –y aún más que para vosotros– no fuera cuestión de vida o muerte que la Tierra triunfe aun en sus fuerzas más

recuperar la empatía con la naturaleza⁴⁶, recuperar lo profundo de la visión de Pachamama, compartir la empatía por la tierra de las culturas indígenas y las religiones aborígenes...⁴⁷

- que no nos haga vivir pendientes de un libro revelado desde fuera (bibliocentrismo)... sino que nos haga leer en «el Libro» divino por antonomasia, el libro de la realidad, del cosmos... y de la ciencia⁴⁸...

- que no nos permita depredar la Tierra, despreciarla, manejarla como mera despensa de objetos inferiores, deshabitada, sin sacralidad... sino que la sintamos como nuestro espacio sagrado, nuestra placenta espiritual...

Con una espiritualidad así es bien probable que la humanidad diera a tiempo el giro, el cambio, la *grande tournant*, la gran transformación, tan urgente, que necesita hacer, para pasar de una civilización industrial, conquistadora, extractiva y destructiva, irracionalmente centrada en el lucro masivo y cortoplacista, aun a costa de la destrucción de la naturaleza y el envenenamiento de las relaciones humanas, a una nueva civilización, a favor de la vida y del planeta, de la humanidad y de la fraternidad.

Como dice la EATWOT⁴⁹: *sólo dejaremos de destruir la naturaleza cuando descubramos tanto su dimensión divina, cuanto nuestro propio carácter natural...*

Concluyendo

naturales. (...) Para nosotros, en sentido auténtico, se trata de la complección y el triunfo del mismo Dios». TEILHARD, Pierre, *El medio divino*, Taurus, Madrid, p. 58-59.

46 LOVELOCK, *La venganza...*, p. 27.

47 Cfr. la famosa carta del Cacique SEATTLE.

48 Cfr. Thomas BERRY, *Lo divino y nuestro actual momento revelador*, RELaT 390. Brian SWIMME, *El cosmos como revelación primordial*, RELaT 389.

49 EATWOT, *Visión ecológica y supervivencia planetaria*, documento de la EATWOT en su Asamblea General de 2012 celebrada en Yakarta. Publicado en RELaT nº 425, servicioskoinonia.org/425.htm

La situación actual de nuestro planeta es insostenible, y tremendamente amenazadora. Posiblemente estamos acercándonos al desastre, y el final de este siglo tal vez va a ser testigo del colapso de nuestra civilización y de la disminución drástica de nuestra especie humana. Quizá ello no sea sino la reacción de Gaia al comportamiento insoportable de esta especie tan poco amigable y verdaderamente nociva en que nos hemos convertido. Tal vez ésta sea la ocasión de que surja una nueva especie, más consciente, amigable con el planeta y con su biosfera, que pueda copilotar la co-evolución de la vida en este Planeta. O un nuevo tipo de ser humano, que sepa convivir con Gaia, que se entienda como parte de ella, interesado por su bienestar, que lo mire como propio... Ésa es la nueva especie que es probable que surja... o que nosotros mismos lleguemos a serlo, si es que la suerte no está echada y aún estamos a tiempo.

Como hemos querido mostrar, la solución del problema más grave que tiene la Humanidad ahora mismo pasa principalmente por la urgencia de adoptar una nueva visión y una nueva espiritualidad. Está en juego la supervivencia de la Humanidad y el porvenir de la Vida en este planeta.